

REFLEXIONES SOBRE LA FORMACIÓN INICIAL*

La formación contemporánea de los noviciados es entusiasmante y agotadora; satisface y frustra; invita e intimida; es inquietante y prolongada, mística y mundana. Si la comparamos con los patrones de preparación requeridos para la mayoría de los misterios, nuestro tiempo de formación no fue muy largo: para Juan, 6 años (cinco como director de novicios), para Joel, 6 (dos como asistente del director). Subjetivamente estos espacios de tiempo parecen mucho más prolongados y han presentado aún más contradicciones que las recién esbozadas. De todas formas, reconocemos la riqueza de nuestros años en el noviciado y sabemos que tenemos todavía mucho que aprender respecto a todo lo que el Señor ha hecho por nosotros en ese tiempo.

Una verdad que se nos ha aclarado mucho en los últimos años es que es *el Señor* quien forma a los religiosos; sólo El da la gracia necesaria para el compromiso en este estado de vida. Hemos querido recordar esa verdad una y otra vez, no tanto por temor a olvidarla, sino para profundizar nuestra convicción que la formación del noviciado es mucho más que una combinación de ideas y programas orquestados por nosotros. Nos ha infundido esperanza cuando estamos demasiado desalentados, humildad cuando nos sentimos demasiado orgullosos. Nos disponemos a escribir las reflexiones siguientes a la luz de esta verdad primordial sobre la formación religiosa. Nuestro anhelo es lograr apoyar y animar a otros formadores compartiendo los frutos de nuestra experiencia. El ministerio de la formación en el noviciado tiene un sinnúmero de aspectos; y estos aumentan a medida que se implementa el nuevo Derecho Canónico. Por esta razón hemos querido centrarnos en aquellos ámbitos que, según nuestra experiencia, son los más discutidos por los formadores y por quienes sustentan puestos de autoridad religiosa: los programas de pre-noviciado, la experiencia misma del noviciado, la evaluación de ésta, y finalmente el papel de la autoridad. En todas estas áreas apuntaremos a la formación para la vida religiosa apostólica.

Antes del Inicio del Noviciado

El noviciado del cual éramos responsables servía a seis provincias de nuestra congregación, cinco en los Estados Unidos y una en Canadá. Tres de las seis son provincias de sacerdotes; las otras tres de hermanos. Este marco interprovincial nos dio oportunidad de realizar un análisis detallado de la amplia gama de enfoques y de expectativas de formación que existen en los programas de pre-noviciado de las diferentes provincias. En efecto, el noviciado era una mezcladora donde se interrelacionaban personas de actitudes muy diversas hacia la formación de novicios y

* "Human Development", Vol. 5, N° 3, Otoño 1984.

de variados niveles de preparación.

Esta diversidad era una ventaja y una desventaja. Una ventaja, en cuanto a que los novicios llegaban a conocer a un grupo más numeroso que el de su propia provincia y así tenían oportunidad de entablar amistad con novicios de otras provincias, contactos que perdurarían aún después de su regreso a sus respectivos lugares al finalizar su noviciado. En resumen, se habían ampliado sus horizontes y ellos estaban menos susceptibles a la estrechez de miras. La diversidad era una desventaja en cuanto a que los candidatos (prenovicios) no siempre estaban adecuadamente preparados para la experiencia de noviciado. En el caso de algunos, el nivel de madurez era tan desigual a su nivel de compromiso de fe, que los primeros meses había que dedicarlos a entregarles esa preparación básica, pre-requisito para comenzar realmente una experiencia de noviciado. Pronto nos percatamos que el recibirse de novicio canónico no era necesariamente sinónimo con el ser novicio para la vida religiosa.

Pensamos que la diversidad no fue consecuencia de este carácter interprovincial de nuestro programa, ya que conocemos formadores que han tenido experiencias semejantes siendo responsables del programa de pre-noviciado de sólo una provincia. Es muy fácil decir que el programa debe adaptarse según cada grupo y eso hemos tratado de hacer; sin embargo, la ley canónica, la política de formación de la congregación, y algunas sutiles presiones que emergen de la comunidad en sí ("Háganlos profesar. Necesitamos más gente.") todos son factores que han contribuido a que nos encontremos con serias dificultades para acomodar la teoría a la práctica.

Hay aspectos de la formación del pre-noviciado que deben ser considerados; nuestra preocupación, sin embargo, es poner los fundamentos para establecer un puente de continuidad entre el pre-noviciado y el noviciado. Nos centraremos entonces en las cualidades necesarias para ingresar al noviciado.

Preparación al Ingreso

El noviciado proporciona un ambiente propicio para alimentar una nascente vocación; no da ni despierta la vocación. El noviciado construye sobre lo que ya existe en la vida de una persona. La Sagrada Congregación para Religiosos e Institutos Seculares en su Instrucción sobre la Renovación de la Formación Religiosa, declara aproximadamente lo mismo:

En el ciclo de formación el noviciado debe conservar su papel insustituible y privilegiado de iniciación a la vida religiosa. Esta meta no puede ser alcanzada si el futuro novicio no posee una mínima preparación humana y espiritual, la cual no sólo debe ser verificada sino, muy a menudo, completada. Para cada candidato el noviciado debe realizarse en el momento en que, consciente de la llamada del Señor, él ha llegado al grado de madurez humana y espiritual que le permitirá decidir su respuesta a esa llamada, con la debida responsabilidad y libertad. La mayoría de las dificultades que se presentan hoy en la formación de novicios se deben al hecho de que cuando ellos fueron aceptados, no poseían la requerida madurez. (§ 4).

Comprendemos este "mínimo de preparación humana y religiosa" requerida para entrar al noviciado como un *discernimiento relativo*. Entre las opciones que ofrece la Iglesia para vivir la fe cristiana, está aquella en que la persona elige explo-

rar en profundidad su creciente convicción de que el Señor la está llamando a la vida religiosa. El lugar indicado para esta exploración es el noviciado; en otras palabras, el noviciado presupone el inicio de una vocación a la vida religiosa. Sin este discernimiento relativo se distorsiona el objetivo del noviciado exigiéndole compensar las carencias de los programas de pre-noviciado a la vez que debe cumplir sus objetivos particulares.

¿Cómo se traduce este discernimiento relativo en valores y comportamientos que debemos exigir a aquellos que solicitan ingresar al noviciado? O más bien, ¿qué metas deberán cumplir con el candidato los formadores del pre-noviciado antes de aprobar su ingreso al noviciado? Para responder, necesitamos identificar y discutir algunos elementos relacionados con este discernimiento relativo. Nuestra lista no es completa ni está organizada según prioridades; comprende, sin embargo, los elementos que más nos han preocupado.

Ocho Ambitos

Primero, los candidatos necesitan poseer un conocimiento básico de la fe católica. En el pasado, podíamos asumir que existía, dada la educación católica y ambiente familiar de fe del cual provenían nuestros candidatos. Hoy no podemos suponerlo; hay un vacío en la catequesis de aquellos que entran a la vida religiosa. Muchos necesitan respuesta a algunas preguntas básicas sobre la vida cristiana dentro de la Iglesia católica, antes de poder preguntarse sobre los específicos de la vida religiosa; por eso, podría ser necesario incluir una catequesis básica en el programa de pre-noviciado para aquellos que han tenido menos conocimiento y compromiso dentro de la Iglesia. Muchos candidatos afirman su elección de la vida religiosa sobre la base de una experiencia de conversión, que ellos juzgan como llamada del Señor a la vocación religiosa; sin embargo, para cerciorarse de que es así, esa "llamada" debe primero ser sometida a la prueba del tiempo. El que el candidato diga "Amo a Jesús", no implica que él esté listo para iniciar su noviciado y ni siquiera su pre-noviciado.

El segundo elemento es la oración. La meditación, el conocimiento de las Escrituras, y la dirección espiritual no deberían ser experiencias nuevas para el novicio. Es cierto que en el noviciado profundizará extensivamente e intensivamente estos ámbitos; sin embargo, en el pre-noviciado se debe establecer y guiar una disciplina general que refleje la vida de oración de la comunidad.

La tercera recomendación se refiere a la necesidad de que el candidato conozca su afectividad y se sienta cómodo con ella. Como futuro miembro de la comunidad, el novicio debe poseer la capacidad de articular sus sentimientos y opiniones frente a un asunto o situación, y debe tener el deseo de continuar desarrollando esta capacidad. El conocimiento de sí mismo y su habilidad para expresar sus necesidades y deseos directamente y con claridad son requisitos fundamentales para el crecimiento personal y comunitario en el noviciado. Un punto muy relacionado con este, es el hecho de que el novicio debe sentirse cómodo con su identidad sexual. Debe reconocerse a sí mismo como persona creada, sagrada y redimida por Dios, en un contexto sexual. Debe llegar a conocerse y aceptarse a sí mismo como persona querible, no a pesar de su sexualidad, sino en y a través de ella.

Entre aquellos que ingresan a la vida religiosa hoy en día se observa que un mayor número ha estado comprometido en actividad sexual que lo que sucedía en

el pasado. No creemos que la abstinencia sexual anterior constituya en sí la base para un compromiso de celibato; sin embargo, los programas de pre-noviado deben tener en cuenta la experiencia sexual de los candidatos con el fin de ayudarles a comprender lo que significa amor célibe e indicarles cómo desarrollar ese amor dentro de ellos mismos. Por tanto, la fidelidad al celibato (no sólo la capacidad de guardarlo) debe comprenderse claramente y debe manifestarse en el contexto de vida anterior al pre-noviado. Además, un número creciente de quienes solicitan admisión, ha experimentado los efectos alteradores del consciente producidos por las drogas. Nos preocupa el impacto residual que dejan tales experiencias, que pueden afectar negativamente la capacidad de la persona para enfrentarse realista y constructivamente con las tensiones y frustraciones de cada día. Los formadores del pre-noviado deben conocer la historia de los candidatos en este sentido, y observar su respuesta a los altibajos de cada día. Deben tener acceso a psicólogos y médicos que les puedan asistir cuando sea necesario.

Cuarto, los candidatos deben demostrar un grado de independencia personal. Aun cuando ciertos procedimientos y líneas guía son necesarios, la formación no se realiza en serie ni exime al individuo de su responsabilidad en el proceso. Aquellos que ingresan al noviciado deben estar dispuestos a dar y recibir refuerzos y desafíos para así ir forjando la calidad de su vida religiosa. Los candidatos deben tener un deseo de conocer a la comunidad, pero no deben llegar al noviciado con la actitud que deben saberlo todo.

Quinto, los candidatos deben sentirse cómodos socialmente. Esta cualidad fluye de las anteriores. Como personas que vivirán en comunidad y estarán comprometidas con distintos ministerios, los candidatos deben desarrollar la capacidad de responder adecuadamente a situaciones que surgen en la vida diaria. ¿Son capaces de entablar y mantener una conversación apropiada en un ambiente dado? ¿Se sienten tan incómodos consigo mismos que recurran a reacciones pueriles o al aislamiento? ¿Saben vestir de forma apropiada en una situación social o profesional específica? ¿O es necesario recordarles que no pueden usar cualquier vestimenta en cualquier parte? Los formadores del pre-noviado no pueden suponer que el noviciado se encargará de todo esto; aun más, deben tener acceso a servicios de orientadores a quienes poder enviar a los candidatos cuando sea necesario. Sin duda que hay un tipo de orientación frente a los problemas inmediatos que el noviciado debe asumir; pero la orientación general y la psicoterapia son ajenas a los fines del noviciado.

Sexto, los candidatos deben ser personas de curiosidad intelectual. Un coeficiente intelectual alto no es en sí un indicador de una vocación religiosa; sin embargo, un candidato debe haber desarrollado buenos hábitos de estudio antes de ingresar al noviciado. Además, la formación contemporánea del noviciado requiere una disposición a la lectura y a la investigación, a aprender y a cuestionar, a reflexionar y a discutir asuntos de actualidad.

Séptimo, los candidatos deben mostrar generosidad. La comunidad, la pastoral, la oración y los votos, todos exigen entrega y espíritu de sacrificio. La pereza y el egoísmo son incompatibles con la vida cristiana y con la vida religiosa. La generosidad a la cual nos referimos no es una abstracción etérea; se manifiesta claramente en el cuidado, constancia y disponibilidad con que las personas realizan sus tareas diarias, y en el grado de entrega (tanto en tiempo como en talentos) que va siempre más allá del mínimo que se espera de ellas.

Finalmente, y quizás lo más importante, está en que debe haber un verda-

dero deseo y una decisión libre de parte del candidato, de ingresar al noviciado. El noviciado no puede iniciarse simplemente porque "ha llegado el momento", esté o no preparada la persona. La decisión debe ser hecha en conjunto con un director espiritual y los formadores del pre-noviciado. Hemos visto que a algunos novicios les habría beneficiado mucho el saber que su programa de pre-noviciado incluía la posibilidad de una extensión de tiempo. Al final, esto resulta en una situación más justa para el candidato.

La experiencia nos ha enseñado que la formación en grupos grandes es impersonal y no permite reflejar bien la situación de vida de los otros miembros de la comunidad. Fomenta una actitud dependiente, institucional, que distancia al candidato de muchas de las tareas comunes que deben cumplir la mayoría de las personas entre quienes ejercerán su ministerio. Además, los grupos grandes dificultan mucho el conocimiento personal de los candidatos por parte de los formadores.

Los grupos pequeños, en cambio, motivan a los candidatos a crecer en confianza en sí mismos, y a asumir responsabilidad dentro del proceso de su formación. El grupo pequeño impulsa a la generosidad en las tareas cotidianas y hace más amplio el mundo que se crea en torno al candidato; también, proporciona a los formadores una visión más cercana de las virtudes y debilidades del candidato como individuo.

Confesamos nuestra preferencia por los grupos pequeños, y hemos descubierto que no somos los únicos en favorecerlos. Muchos religiosos comprometidos en la formación de novicios y pre-novicios, dentro y fuera de nuestra congregación, mantienen la misma opinión.

El Noviciado Requiere Madurez

A la luz de lo recientemente expuesto, emergen dos supuestos preliminares sobre el noviciado en sí. Primero, dado que pensamos que el noviciado es una experiencia para adultos, este supone una madurez básica en el novicio. El noviciado no es un ambiente donde los novicios vienen a "encontrarse a sí mismos", ni un lugar que proporcione un marco filosófico para que ellos averigüen el sentido de la vida; tampoco es un tiempo para crecer un poco; y ciertamente no es un paraíso para escaparle al mundo. El noviciado supone que los novicios tienen una idea clara de lo que quieren de la vida, y por tanto desean confirmar esa meta canalizando sus energías y esfuerzos con el consejo y opinión de otros adultos.

Segundo, suponemos que los novicios han hecho un discernimiento relativo sobre la vocación a la vida religiosa. El noviciado no es una escuela de catequesis en la cual uno va a hacerse cristiano; tampoco es una tienda donde la persona busca la sección "vida religiosa" y pasa a ser novicio con la actitud de probar y ver si le gusta; menos aún se trata de una prueba de resistencia que el novicio debe superar para así pasar a vivir el mundo de la realidad. El noviciado presupone un cristianismo básico; por lo tanto, los novicios deben tener una creciente convicción sobre la llamada del Señor a vivir su fe cristiana de un modo particular, en la vida religiosa.

Estos supuestos preliminares no son creaciones intelectuales. Durante el curso de nuestra labor en el noviciado, hemos trabajado con novicios que carecían de esa madurez fundamental o del discernimiento relativo, o de ambos. En todos esos

casos, el principal fin del noviciado se distorsionó o sucedió que el progreso se retardó hasta que fueron remediadas esas carencias. Estos mismos supuestos están explicitados en el Decreto de Renovación de la Vida Religiosa del Concilio Vaticano II.

Respecto a la formación que se imparta en los noviciados de institutos dedicados a trabajos apostólicos, es evidente que se debe dedicar la mayor atención a preparar a los novicios, desde el principio y muy directamente, para el tipo de vida y actividades que deberán realizar en el futuro, y enseñarles cómo poseer en sus vidas, en las progresivas etapas que vivirán, esa unidad cohesionadora que une íntimamente la contemplación con la actividad apostólica... Para lograr esta unidad, se requiere una comprensión de las realidades de la vida sobrenatural y de los caminos que llevan al amor sobrenatural del Señor y de nuestro prójimo, buscando expresarlo en la comunión íntima a solas con el Señor y en la entrega generosa a la actividad apostólica.

Un Programa Util

Antes de hacer comentarios sobre las experiencias del noviciado, queremos dejar en claro que no es realmente posible construir un programa ideal y universal para los novicios. La herencia y espiritualidad de cada comunidad religiosa, así como su enfoque pastoral dentro de la Iglesia, serán factores decisivos en el diseño de un programa de formación. Más aún, a medida que el nuevo Código vaya siendo implementado, se requerirá hacer algunos ajustes a ese diseño.

Nuestro punto de partida será entonces una simple pregunta: ¿Por qué tener un noviciado? La respuesta más obvia es que la Iglesia lo exige a todas las congregaciones religiosas canónicamente aprobadas. El documento recién citado nos proporciona una respuesta más completa, afirmando que el fin primario del noviciado está en "su papel insustituible y privilegiado de ser la iniciación a la vida religiosa." Más específicamente, el noviciado proporciona un ambiente que facilita el discernimiento —tanto de los novicios, como de los formadores respecto a sus formandos— de su capacidad y deseo de vivir la vida religiosa.

Al traducir este ambiente de discernimiento a un programa diario para los novicios, nos guiámos por los siguientes tres principios básicos:

1) La experiencia del noviciado debe estar programada de tal forma que fortalezca el compromiso de vida cristiana del novicio. El acento se pone en la relación del novicio con el Señor en su oración, en su ministerio y como miembro de la Iglesia. Los novicios deben comprender que antes de pasar a ser miembros de una comunidad religiosa, son cristianos. El modo de vida cristiano, siguiendo el ejemplo de Jesús, implica una disciplina personal de oración, un deseo de poner los propios dones, y talentos a disposición de otros en un ministerio, y un compromiso activo dentro de la Iglesia. Este primer principio es muy importante para identificar las motivaciones de un novicio que le llevan a ingresar a la vida religiosa. No es necesario ser religioso para vivir la vida cristiana, pero uno debe necesariamente ser cristiano para vivir la vida religiosa. La clarificación de este punto es un elemento esencial del discernimiento vocacional.

2) La experiencia del noviciado debe estar diseñada explícitamente para lograr que el novicio desarrolle la comprensión y vivencia de la vida religiosa dentro

de una congregación específica. Aquí se pone el énfasis en la tradición de la orden, su forma de compromiso (votos) y modo de vida. Este principio es fundamental a la formación del noviciado. La Instrucción sobre la Renovación de la Formación Religiosa dice: "La vida religiosa comienza con el noviciado. Sea cual sea la finalidad del instituto, el propósito principal del noviciado es iniciar al novicio en los requisitos esenciales de la vida religiosa, y también, en función de un crecimiento en la caridad, implementar los consejos evangélicos de castidad, obediencia y pobreza" (§ 13).

3) La experiencia del noviciado debe estar diseñada para apoyar y desarrollar el crecimiento de los novicios como seres humanos. Se acentúa el desarrollo permanente de las cualidades personales y afectivas, y las habilidades necesarias para vivir y trabajar conjuntamente con otros. Este principio y los dos anteriores se complementan mutuamente, dado que las cualidades y habilidades que requiere este principio proporcionan un campo en que el compromiso fundamental con el cristianismo se robustece, y la comprensión y vivencia de la vida religiosa se desarrolla; al mismo tiempo esas cualidades y habilidades nacen y se nutren de ese compromiso, comprensión y vivencia.

En la práctica, estos tres principios no pueden separarse, ni tampoco pueden ser ubicados en estricto orden de prioridades. Debido a que un programa de noviciado se diseña en bien de los novicios, cualquiera de estos principios puede pasar a ser la preocupación principal de los formadores durante cualquier etapa del desarrollo de ese noviciado. Sin embargo, los tres principios son esenciales en el proceso de discernimiento vocacional. Más aún, las especificaciones para implementar estos principios brotan del carácter y carisma de cada congregación, tal como están formulados en sus reglas y constituciones. La importancia que se da a cada principio constituye sólo un esquema de curriculum básico para la formación de un noviciado. Lecturas suplementarias, conferencistas, y, si fuera posible, actividades inter-congregacionales, serían muy útiles para ampliar este curriculum y para continuar construyendo sobre las bases plantadas por los formadores.

Mucho de lo que afirmamos sobre la experiencia del noviciado, ha sido ya esbozado en nuestras explicaciones sobre los programas de pre-noviciado, y se complementará con lo que aquí se diga sobre la evaluación. Por sobre todo, creemos sin embargo que el noviciado debe ser una experiencia que aumente la convicción de fe del novicio en cuanto a que ellos son especial y singularmente amados del Señor y elegidos por El. Todo lo demás encuentra su significado en esa convicción.

Evaluación de la Experiencia

En muchas oportunidades los superiores mayores de congregaciones religiosas se han hecho eco del espíritu de las siguientes palabras del Episcopado de Nueva Inglaterra en su "Carta sobre algunos de los Aspectos Fundamentales de la Formación Sacerdotal". Aun cuando fue escrita para asistir a aquellos directa e indirectamente comprometidos en la formación sacerdotal, las preocupaciones que expresan los obispos se aplican igualmente a la formación de religiosos.

El ministerio de discernimiento vocacional requiere experiencia, vigilancia y gran cuidado. No puede ser realizado de prisa. Sin embargo en esta época de constante actividad, todos Uds. experimentan fuertes exigencias en otros ámbitos... Es así como puede existir la tentación de considerar el trabajo de evaluación o discerni-

miento vocacional como una tarea entre tantas, Reconociendo los otros ámbitos importantes en que Uds. están comprometidos dentro y fuera del seminario (o noviciado), consideramos la evaluación y votación sobre los estudiantes (novicios) sin comparación la tarea más importante para la Iglesia. Les encarecemos que Uds. también lo consideren así, y le dediquen el tiempo, el esfuerzo y la oración que requiere.

La larga lista de adjetivos descriptivos con que se inició este artículo caracteriza muchos aspectos de la formación del noviciado, y especialmente los períodos de evaluación. La importancia y necesidad de que existan estos períodos es innegable; es simplemente cuestión de justicia que los novicios deben recibir afirmación y desafío en su desarrollo a la luz de las expectativas de la comunidad. A pesar de todo, sin embargo, las evaluaciones son acompañadas de un cierto grado de ansiedad, tanto para los novicios como para los formadores.

El método de evaluación que se emplee depende del número de formadores, del número de novicios y de la duración del programa del noviciado. Nuestra propia experiencia nos ha enseñado que no hay ningún método único, universal, aplicable a todo programa de noviciado, y ni siquiera a todos los grupos de novicios dentro de un mismo programa básico. Es así como, conjuntamente con defender la importancia y seriedad de los períodos de evaluación, utilizamos el proceso que creímos mejor contribuiría al crecimiento continuo de los novicios. A veces, esto exigía variar los específicos del proceso evaluativo para un novicio en relación a otro. Sean cuales sean los métodos empleados, la meta debe ser siempre el bien de los novicios y su desarrollo como personas que buscan comprometerse con la vida religiosa.

Centraremos nuestros comentarios en dos ámbitos que son la principal preocupación de los formadores: los criterios de evaluación —es decir, las cualidades personales del novicio que apuntan a una vocación a la vida religiosa— y el impacto que hacen sobre los formadores.

Criterios de Evaluación

Los criterios de evaluación deben brotar de los principios del programa del noviciado, y ser concordantes con ellos. Por lo tanto los criterios que proponemos aquí son paralelos a los principios antes explicados.

Compromiso con la vida cristiana

Considerando que la experiencia del noviciado busca fortalecer el compromiso de vida cristiana de los novicios, ellos deben demostrar deseos de profundizar su fidelidad al ejemplo de Jesús. Este deseo se manifiesta en:

1. la voluntad de comprometerse en la misión de la Iglesia, y en su participación en la vida sacramental
2. la fidelidad a la oración individual y comunitaria
3. un aprecio creciente por la lectura y oración bíblicas como medio para reflexionar sobre las experiencias de la vida a la luz de la Palabra de Dios
4. facilidad para algún tipo de oración tranquila, de escucha, como parte de la disciplina personal

5. 'voluntad, habilidad y deseos' de participar en el ministerio
6. 'compromiso activo en todos los aspectos del programa del noviciado.

Comprensión y vivencia de la vida religiosa

Considerando que la experiencia del noviciado busca desarrollar la comprensión y vivencia de la vida religiosa, los novicios deben mostrar un deseo de profundizar su fidelidad a los ideales de la vida religiosa dentro de la comunidad.

Este deseo se manifiesta en:

1. 'comprensión y conocimiento práctico de las constituciones de la congregación, de las responsabilidades y obligaciones que conlleva, y de su espíritu.
2. 'disposición y capacidad para vivir con fidelidad esas constituciones
3. 'disposición y habilidad para vivir la forma específica de compromiso propia de la comunidad (votos, promesas, etc.)
4. 'capacidad de vivir y trabajar en comunidad, con su diversidad de edades y personalidades, y de resolver los conflictos personales y comunitarios en forma efectiva y caritativa.
5. 'aceptación de la responsabilidad personal de la formación (es decir, los novicios deberían ser capaces de fijarse metas personales y trabajar en forma realista por lograrlas; su uso del tiempo y recursos debe reflejar el valor de la oración, comunidad y ministerio; y ellos deben reconocer la importancia de buscar y recibir ayuda de otros y de su experiencia).

Apoyo para el crecimiento

Considerando que la experiencia del noviciado procura fomentar también el crecimiento humano de los novicios, ellos deben demostrar un deseo de nutrir y desarrollar sus valores personales y enfrentar y transformar sus debilidades. Este deseo se manifiesta en:

1. 'un sentido equilibrado de independencia y una sana fuerza de carácter (es decir, los novicios deben ser capaces de expresar sus opiniones en reuniones de comunidad sin atemorizarse ante la oposición o el desafío).
2. 'una aceptación personal creciente que reconoce las imperfecciones personales y debilidades, y acepta a los demás como seres imperfectos, débiles y en lucha.
3. 'libertad interior que facilite al novicio hacer la decisión de su primer compromiso con la comunidad (es decir, realizada en conjunto con los formadores, la decisión de los novicios debe ser libre de coacción y de la restricción de no tener otras alternativas en la vida; para estar libre de permanecer, el novicio debe estar libre de irse).

Otros criterios pueden surgir del carácter especial de cada comunidad religiosa,

y aún las aquí mencionadas tomarán diferente cariz según el programa de noviciado donde se apliquen. Estos criterios no pueden ser categorizados ni separados excepto con el fin de explicarlos o clarificarlos. Cualquiera sea el método de evaluación a la cual se incorporen estos criterios, la meta debe ser siempre el crecimiento de los novicios y el discernimiento de su vocación. Finalmente, los Obispos de Nueva Inglaterra nos recuerdan:

Es posible y ciertamente es la voluntad de Dios que los seres humanos, iluminados por la gracia divina, hagan un juicio humano respecto a una vocación divina y que ellos tengan el valor de actuar en base a ese juicio. La vocación es sin duda de Dios, pero la Iglesia debe determinar si esa vocación está realmente presente en cada caso especial. No consideramos que este juicio requiera de ningún tipo de percepción exótica o mística. Eso sí que exige el invocar la ayuda divina, y requiere también nuestro mejor juicio y la capacidad de aprender de nuestros errores.

El Impacto sobre los Formadores

Desde el momento que los nuevos novicios cruzan la puerta de entrada y el grupo se inicia, los formadores experimentan una amplia gama de respuestas emocionales y espirituales hacia ellos. A veces se tiene la impresión de ir caminando sobre terreno sagrado y sano, y a veces de hacerlo en terreno vacío y hostil. Tales reacciones no se limitan a períodos de evaluación, aun cuando esos períodos las magnifiquen; están presentes en todos los aspectos de la formación del noviciado. Cada año hay seminarios, talleres y conferencias preparadas para ayudar a los formadores a explorar y entender estas reacciones. Por tanto, nuestra intención aquí no es analizar sino simplemente identificar algunos de los sentimientos que experimentamos, con la esperanza de que esto ayude a los formadores a reconocer y aceptar sus propias reacciones como una parte normal de su ministerio. También citamos el contexto en que estos sentimientos emergen por lo general.

Nerviosismo/ansiedad

Todo el proceso de la llegada de un nuevo grupo —conocerlos y ayudarlos a incorporarse (sabiendo que ellos también nos observan)— siempre nos ha causado ansiedad.

Separación

La ausencia del grupo anterior deja una sensación de pérdida y convierte el noviciado en un territorio no tan familiar con caras nuevas y preocupaciones nuevas.

Consuelo/Misterio

A medida que los nuevos encuentros van llevando a una mayor familiaridad, nos preguntamos qué exigirá de nosotros cada nuevo grupo.

Cansancio/Aburrimiento

La repetición y rutina de la experiencia puede ser cansadora. Aunque a

menudo pensemos "¡Todo de nuevo!", debemos recordarnos a nosotros mismos que para este grupo en particular el noviciado es una experiencia desconocida y nueva.

Enojo

Hay momentos cuando los novicios se resisten a las decisiones tomadas, a las directrices entregadas, y nos sentimos impacientes y enojados. Pero también ha habido momentos cuando nuestra impaciencia y enojo han sido el resultado de nuestro dilatar esas decisiones y directrices.

Frustración

Motivamos a los novicios a asumir la responsabilidad de su propia formación; es así como nos resultaba desagradable cuando veíamos que era necesario recordarles que debían tomar mayor iniciativa. También eran frustrantes esas ocasiones en que sus expectativas respecto de nosotros o del programa eran excesivas o irreales.

Soledad

1) La experiencia de proponer un desafío a los novicios, confrontándolos y pidiéndoles cuentas, es una ingrata tarea, especialmente cuando los principios no son comprendidos o aceptados. Nosotros sufrimos esta soledad más intensamente cuando uno u otro novicio nos evitaba; en ese momento nos sentíamos frustrados de no poder discutir el asunto y culpables de haber causado esa situación. 2) Muchas veces parecía nacer un distanciamiento entre los novicios y nosotros, algo intrínseco al papel que cumplíamos: los formadores son consejeros y guías más que amigos y colegas. Nuestra relación con otros miembros de la comunidad nos ayudaba mucho reafirmando nuestra capacidad de amistad, algo que a veces quedaba opacado por las responsabilidades del noviciado.

Sensación de inutilidad/Inseguridad

Las entrevistas regulares y los períodos de evaluación nos llevaron al núcleo mismo de la vida y discernimiento vocacional de los novicios. En ese foro íntimo no hay soluciones fáciles ni recetas claras para saber qué será más útil al crecimiento del novicio.

Celos

Los mismos principios y preocupaciones que nosotros habíamos presentado a los novicios eran reiterados por conferencistas invitados, directores espirituales, y por otros miembros de la comunidad. Casi siempre los de afuera eran tenidos por sabios y las enseñanzas nuestras descartadas por rutinarias y añejas. Descubrimos que los formadores tienen que aprender a vivir con una dosis muy escasa de adulación.

Confusión

Ciertos sentimientos de atracción o aversión hacia los novicios le hacen difícil mantener la objetividad. Dado que la justicia exige que el novicio sea tratado objetivamente, surgen rápidamente sentimientos de culpa si la objetividad de los formadores parece estar de alguna forma comprometida.

Desilusión/Desaliento

Considerando nuestra fuerte convicción sobre la importancia de la formación, el tomar conciencia de nuestras flaquezas e inseguridades era a menudo desalentador.

Alienación

Otros miembros de la comunidad parecían a veces desinteresados y muy críticos de la formación que impartíamos. Eso nos hacía sentir la carencia de apoyo y una distancia de nuestros compañeros, especialmente cuando nos encontrábamos en reuniones de comunidad. Más aún, la formación no les parecía un ministerio absorbente; más de una vez nos preguntaban, "Tú estás en el noviciado, pero ¿cuál es tu verdadero ministerio?"

Cuestionamiento

Cuando cada grupo completaba su formación de noviciado, no podíamos evitar preguntarnos, ¿Qué será de ellos? ¿Hicimos lo correcto? ¿Fue suficiente lo que hicimos?

Sin duda que hubo momentos de gran alegría, unidad y satisfacción. Pero hemos querido enfocar los sentimientos menos agradables, precisamente porque parecen contradecir nuestras convicciones sobre el ministerio de formación y obstaculizar nuestra fidelidad a las responsabilidades que nos entregan. A través del tiempo, hemos aprendido a recordar con frecuencia que los sentimientos ambivalentes no son una indicación segura de relajo o falta de compromiso. Ciertamente que recordar esto no cambiaba automáticamente nuestros sentimientos, pero nos daba una perspectiva diferente para comprenderlos.

Una evaluación del noviciado supone mucho más de lo que aquí se ha dicho. Pero aun si todo pudiera ser explicitado, la fe de todas maneras nos desafiaría a reconocer que es el Señor quien forma a los religiosos, y El realiza su obra a través de nosotros, débiles e imperfectos como somos. La carta de los obispos declara: "Nosotros realizamos actos humanos, hacemos decisiones empleando toda nuestra inteligencia, confiándonos en la revelación y escuchando a nuestros corazones —con la certeza de que el Señor está ciertamente con nosotros—". (3)

Para quienes tienen la Autoridad

Mucho de lo dicho presupone la participación de la autoridad, ya que la aceptación de los candidatos al noviciado, las líneas básicas del programa de noviciado,

la aprobación de peticiones de novicios que solicitan incorporarse a la comunidad, son todas responsabilidades suyas. Nos permitimos entonces hablarles como colegas en el ministerio de la formación.

Primero, es esencial que cuando Uds. elijan a los formadores, les den tiempo y oportunidades suficientes para prepararse adecuadamente antes de iniciar su ministerio. Las experiencias pasadas, aun cuando vayan acompañadas de la buena voluntad de aceptar un cargo en formación, no necesariamente preparan a la persona con el conocimiento y visión humana y espiritual que exige el trabajo de formación actualmente.

Segundo, les recomendamos mucho cuidado con asignar a los formadores a integrar una cantidad de comités. Las reuniones y proyectos que exigen ausencias frecuentes del noviciado pueden socavar la labor principal de los formadores en el proceso de discernimiento. Más aún, puede ser que éstos absorban el tiempo del cual dispondrían los formadores para momentos necesarios de expansión fuera del ambiente del noviciado. Estos descansos son vitalmente importantes, puesto que generalmente se subestima la gran energía emocional y espiritual que exige la formación.

Tercero, les pedimos su apoyo para confrontar esas sutiles presiones que pueden surgir de la errónea preocupación de la comunidad sobre el escaso número de formandos en nuestros programas. La aceptación de un candidato al noviciado no es simultánea a la aprobación de esa persona a hacer su primer compromiso con la comunidad; en algunos casos, para bien del novicio, puede ser que se recomiende una interrupción o una extensión de la experiencia del noviciado. Si estas posibilidades no son conocidas y aceptadas por los miembros de la comunidad, los formadores se verán en la incómoda postura de tener que defender sus decisiones o las de un novicio. (Para las congregaciones que incluyen sacerdotes, debido a que el noviciado generalmente precede a todos los estudios del seminario, recomendaciones como éstas se consideran una demora innecesaria de la ordenación. El estimarlo así niega el papel principal del noviciado como una iniciación a la vida religiosa).

Finalmente, sabemos que los horarios de Uds. están copados y que muchas otras personas y grupos requieren su tiempo. A pesar de eso, les pedimos que consideren la posibilidad de pasarse una semana en el noviciado con el fin de adquirir una experiencia directa de lo que es la formación, y de familiarizarse con los perímetros de nuestro ministerio. Esa experiencia afianzará y mejorará la comunicación entre nosotros.

La confianza y apoyo de Uds. en las decisiones y recomendaciones que nos toca hacer son esenciales al proceso de discernimiento vocacional, y los apreciamos profundamente.

Tierra Apta para las Semillas

El noviciado representa sólo el primer impulso a la formación de un religioso: proporciona la semilla para un árbol que da fruto a través de toda una vida de continuo esfuerzo y crecimiento. Los formadores de noviciado ofrecen su guía y dirección como tierra para las semillas; sin embargo, la formación misma sigue siendo el trabajo del Señor. Y por fin, la experiencia del noviciado está arraigada en esa pregunta que Jesús le propuso a Sus discípulos luego de haber lavado sus pies, "¿Entienden Uds. lo que yo, su Señor, les he hecho?". Esta es la pregunta que continuamente desafia a los formadores en todos los aspectos de sus vidas.